

Miguel Ángel Porrúa

El niño del banquito

Vicente Quirarte

Desde su infancia ha estado Miguel Ángel Porrúa rodeado de libros y ha dedicado su vida a dos pasiones cercanas: ha sido librero y editor, vocaciones por las que recibió, en diciembre pasado, el Homenaje al Bibliófilo que otorga la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. En el acto, el poeta, narrador y ensayista Vicente Quirarte trazó el perfil del galardonado.

Tengo el privilegio de conocer a Miguel Ángel Porrúa hace unos 25 años, pero tal vez nos vimos por primera vez a principios de la sexta década del siglo XX, cuando la calle Cinco de Mayo estaba ocupada por un gran número de librerías y papelerías. Todo en el aire era olor a tinta fresca, papel intonso, lápiz recién tajado. Quienes en días previos al nuevo ciclo escolar nos integrábamos a ese abigarrado escenario, parecíamos la litografía donde Casimiro Castro representa personajes, mercancías, barcas y edificios en el puente de Roldán, corazón del mercado de La Merced. Uno de nuestros máximos terrores, consumada la odisea de llegar al mostrador de la librería atestada, surgía cuando el encargado de atendernos, en ese instante Dios omnipotente, sentenciaba: “El libro está agotado”. Con el paso del tiempo aprendí que aquella noticia, fatal para mi madre y para el niño anhelante de sus flamantes libros, era benéfica para el autor de la obra.

La palabra *agotado* tiene múltiples significados, desde la iluminación a la caída. Hoy estamos reunidos para celebrar y agradecer la vocación y el amor de Miguel Ángel Porrúa, que, con palabras y con hechos, ha demostrado que el libro es una criatura incapaz de agotarse, no

obstante nuevas tecnologías y profetas que vaticinan la extinción del más estoico protagonista de la Historia.

Me honra y agradezco que haya pensado en mí para hablar en ocasión tan señalada. Por diferentes vías, llevamos en la sangre la pasión librera, transmitida por nuestros padres que muchas veces convivieron, hablaron y compartieron la obsesión por esos aliados que nos hacen más fuertes y más libres; ponen nuestros pies en la tierra con alas de la imaginación o con la demostración científica de las verdades.

En la Librería de Manuel Porrúa, aún actualmente en la heroica calle de Cinco de Mayo, el niño Miguel Ángel inició su carrera como meritorio, ese oficio sin paga donde se forjó el temple de nuestros grandes liberales del siglo XIX. Como el niño Guille, el hermano menor de Mafalda, que se sube a un banquito para parecer una persona mayor, Miguel Ángel hacía lo mismo para atender a los clientes que se arrebatan libros con una energía y un objetivo superiores al deleznable *buen fin* de nuestro tiempo.

Es natural que nos forjemos en el oficio más próximo al de nuestros padres. Después lo abandonamos en busca de otros menesteres. Para fortuna nuestra, Mi-

guel Ángel fue inoculado por el virus incurable de la bibliofilia, en él traducido en múltiples afluentes: el fervor por las proporciones áureas de la página, el trazado preciso de la letra, el entintado impecable, perceptible en las ediciones con su sello, tanto en el más humilde libro de texto como en el que da cuenta de las fastuosidades tipográficas. Desde mis tiempos en la Imprenta Universitaria, admiré su artesanía traducida siempre en arte mayor, salida de sus máquinas Heidelberg que mantiene activas e impecables con el buen mantenimiento que les proporciona pero, sobre todo, porque las nutre con obras salidas del corazón y de la mente.

Miguel Ángel Porrúa, librero y editor. Es preciso subrayar ambos términos, porque él ha sabido dar lustre al significado surgido del significante: la palabra *librero* designa a la persona cuyos afanes giran alrededor del libro, para ofrecerlo, cuidarlo, tratarlo, vivir noblemente de su hechura o de su tránsito. *Librero* es igualmente el mueble en el cual se acomodan los libros desde el momento en que lo adquirimos para darle un sitio en el espacio privado o en el ámbito público. En cualquiera de sus dos acepciones, el *librero* es el mejor aliado del libro: en tiempos de transformaciones vertiginosas en la forma de transmitir el conocimiento, el librero cuida y salva de la extinción al único soporte que, luego de más de cinco siglos de existir, ha demostrado su permanencia.

Miguel Ángel Porrúa tiene como divisa de bibliófilo dos verbos: tener y hacer. Y un tercer verbo, aun más importante, necesario y admirable: dar. Su particular de-

bilidad son los héroes nacionales: admirable debilidad que nos hace más fuertes, pues convierte a la Historia en nuestra aliada y maestra, espejo de nuestras virtudes y nuestros errores. Con la artista plástica Carmen Parra ha hecho obras que nos recuerdan a cada momento la grandeza de México, no obstante sus detractores y enemigos. Ángeles de la victoria, nichos catedralicios, águilas en vuelo libertario son algunas de las representaciones que les debemos. En días pasados recibimos la edición especial que hizo de la caligrafía de *Sentimientos de la Nación*, documento en el que José María Morelos demostró una de las grandes verdades del siglo heroico: un país no solamente piensa sino siente, como si fuera un cuerpo, porque es un cuerpo: la patria duele y sabe, se mastica y se bebe. Espina y acaricia.

Si la biblioteca personal de Miguel Ángel Porrúa está formada en su mayor parte por libros sobre México, también las grandes obras salidas de su imprenta están dedicadas a explorar la orografía emotiva de nuestro país. Para seguir en la órbita de Morelos, publicó *El sitio de Cuautla*, con la edición facsimilar del manuscrito “Felipe Benicio Montero”, donde ofrece el testimonio personal de los 72 días de lucha, con sus antecedentes y acciones posteriores, en una edición que hace justicia al escrito original de quien fue, en su momento, uno de tantos.

En ese fervor por la suave patria, mutilada y envilecida, pero salvada por sus leales amadores, encontró correspondencia con don Andrés Henestrosa. En su hoja de vida, Miguel Ángel Porrúa puede ostentar, como



Miguel Ángel Porrúa

uno de su méritos mayores, haber disfrutado de la amistad, y devolverla con creces, de ese gran tronco tutelar y más que centenario llamado Andrés Henestrosa. Miguel Ángel lo cuidó, lo editó, pero sobre todo lo escuchó. Se nutrió de la sabiduría de ese ser excepcional que reforzó su amor por el libro como criatura viva e invencible. Antes merecedor de este mismo premio, ahora debe estar luciendo su mejor sonrisa, dondequiera que se encuentre.

Quien se dedica a labores del espíritu, no puede aspirar sino a vivir en el callejón de la amargura. Miguel Ángel Porrúa estableció su cuartel general en la calle Amargura, en el corazón de San Ángel, cierto de que iba a trascender ese lugar común. Como Carlos Pellicer en el poema dedicado a su madre, cuando ha sido necesario Miguel Ángel le ha hecho honores de reina a la pobreza, pero también ha aprendido que se necesita de un Sancho para defender al Quijote. Precisamente a sus prensas se debe una edición facsimilar del memorable *Quijote* editado por Ignacio Cumplido, príncipe de los impresores del siglo XIX. En la calle de Amargura, así como en la torre de Tizapán, ha establecido y defendido un

refugio para autores y lectores. Al repasar las obras de su vasto catálogo, podemos comprobar su lealtad a la divisa de John Keats en uno de sus poemas más recordados: “Un objeto de belleza es una alegría para siempre”.

Don José Luis Martínez, primero en recibir esta distinción de Bibliófilo del Año, terminó su discurso diciendo que se le premiaba por el más notorio de sus hábitos: coleccionar libros. Utilizaba una palabra más fuerte y más vigente en otros ámbitos. Hablaba del *vicio* del bibliófilo, ese impulso que lo llevaba a tener cada día más y mejores compañeros de viaje. Gracias a ese fervor, tenemos su biblioteca a la disposición de todos en la Ciudadela, anteriormente ámbito de la violencia y la traición, hoy dedicado a preservar el culto al libro y el ejercicio de la lectura.

Celebramos y agradecemos la pasión de Miguel Ángel Porrúa, el niño del banquito que se ha mantenido fiel a su vocación inicial. Librero y editor, enamorado de México y su historia, ha sabido hacer del libro un guerrero capaz de ayudarnos a librar el único combate deseable: el de la sensibilidad y la inteligencia: el discurso de las letras encima del discurso de las armas. **U**

© Corresía FIL Guadalajara



Homenaje a Miguel Ángel Porrúa en la FIL Guadalajara 2013, acompañado de Vicente Quirarte, Tonatiuh Bravo Padilla y Raúl Padilla López